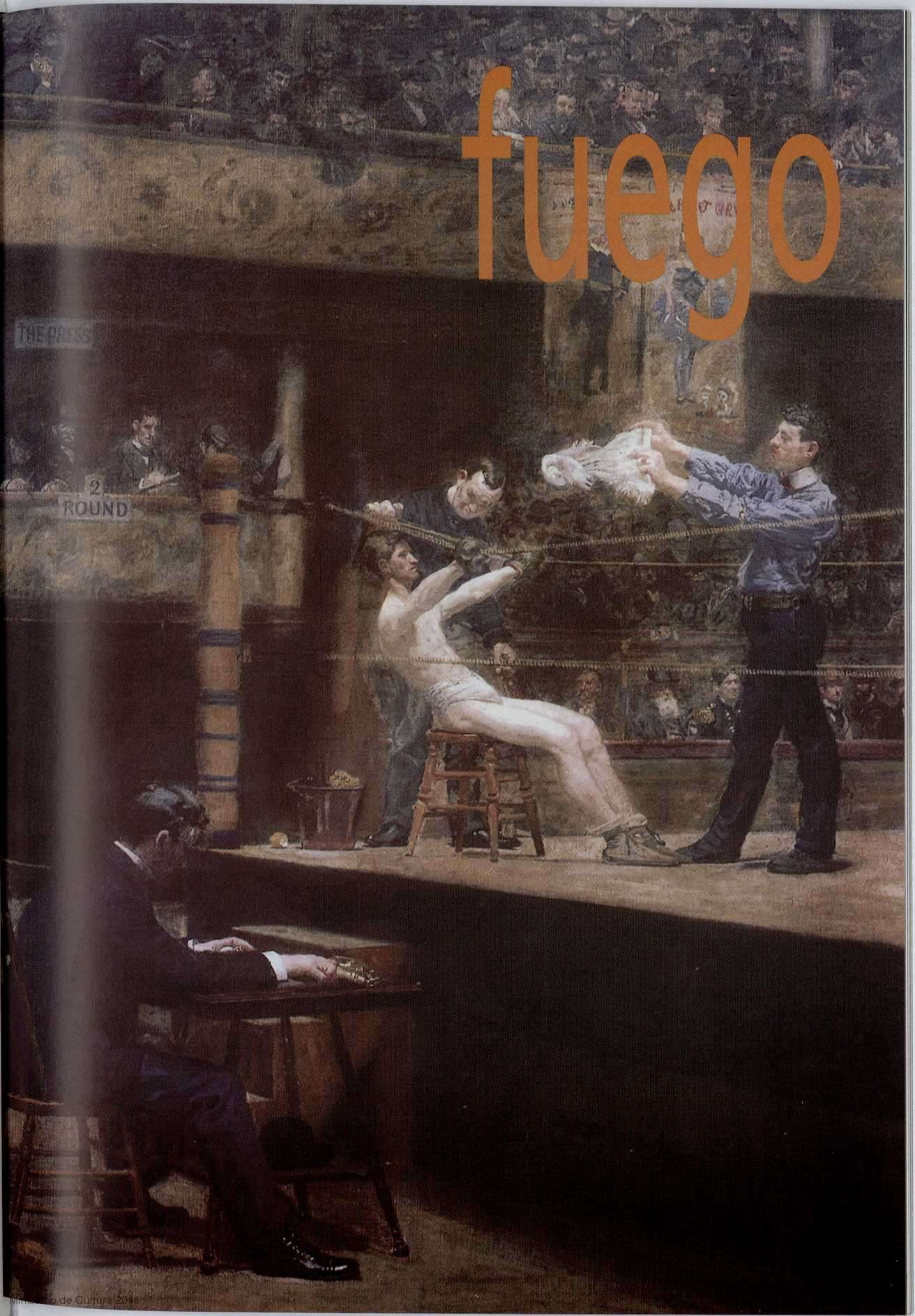


fuego



THE PRESS

2
ROUND

PROVERBIOS Y CANTARES

Antonio Machado

XXXI

Luchador superfluo,
ayer lo más noble,
mañana lo más plebeyo.

XXXII

Camorrista boxeador,
zúrratelas con el viento.

XXXIII

Sin embargo...

¡Oh!, sin embargo,
queda un fetiche que aguarda
ofrenda de puñetazos.

De A. Machado, *Obras Completas*, Ed. Oreste Macrí, Espasa Calpe, 1985



Thomas Hart Benton *Eventos en la ciudad 1930*



George Wesley Bellows
Los dos miembros del club 1908

EL «RING»
Manuel Alcántara

A Ignacio Aldecoa

Doce cuerdas limitan el coraje.
Los mineros del «crochet», la valiente
población del gimnasio, sangra y siente
bajo el fuego sagrado del voltaje.

Cuatro onzas en los guantes y vendaje
duro. Alta tensión. Aire caliente
de K. O. y cigarrillos... De repente
ha cuadrado la furia su paisaje.

Perfiles de moneda desgastada
cita el gong con su aguda campanada.
La luz del cuadrilátero ilumina

jóvenes gladiadores golpeando,
el esfuerzo y los músculos poblando
el país del sudor y la resina.

1962. Recogido en *La mitad del tiempo*, Madrid 1972



Paul Klee *Carrera, gancho-boxeador* 1920

vertical del boxeo

ernesto giménez caballero

PRESIÓN ASCENDENTE

Si trazásemos un gráfico del fervor deportivo actual encontraríamos que el índice del boxeo sobresalía capitalmente sobre el paisaje de signos verticales del ludigrama (¿Por qué?)

El boxeo tiene hoy ascensión de termómetro: cálida, vertical. Su aguja manométrica señala presiones de altura. Toda una potencia enorme se diría que reprime el ímpetu tras su aguja, trémulamente erecta.

(¿Qué potencia?)

El boxeo eleva hoy su gesto vertical sobre el horizontal del horizonte, como el vencedor, tras «k.-o.» sobre el cordaje del *ring*, hacia las estrellas cenitales. (¿Por qué?)

¿Por qué esta presión ascendente del boxeo?

LA DIGNIFICACIÓN DEL PUÑO

A esta pregunta se podría ofrecer una respuesta de dimensión histórica: «El auge del boxeo obedece a una simple expansión de área lúdica: al ensanche de un juego originariamente anglosajón: a una ampliación de área cultural».

Pero esta respuesta, que sería buena y efectiva tratándose de otro deporte (*tennis, rugby, hockey, golf*), resulta impertinente para el caso del boxeo. Lo estupendo en la expansión del boxeo es que no hay tal expansión. Que no procede planamente, en superficie, sino de abajo arriba. Verticalmente. Que no es una extensión. Sino una ascensión.

El triunfo actual del —a influjos más complejos que a los puramente divertientes y culturales.

Considérese que —más que triunfo— es una dignificación. Una dignificación *manual*. Conseguida por el hombre *manual*.

Considérese que el boxeo—radicalmente popular—toma sus héroes de esas entrañas manuales, proletarias de la sociedad. (El marinero, el campesino, el soldado.)

Y que su instrumento jocular es el —hasta ayer— desdeñado, como más vil e indigno del hombre «en juego»: el puño: la mano. («juegos de manos, juegos de villanos».) Sin embargo: esta villanía del puño nos parece hoy la más noble y apasionante de las cosas.

A su lado, la gloriosa *espada* de los duelos feudales se ve que ha pasado a la categoría de lo risible. A los Conservatorios de Música y Declamación. A los Museos.

Ese puño alzado en alto —vertical— repetido en el espejo innumerable de todos los rings mundiales, es una imagen, tan obsesionante y clara que valdría la pena de interpretarla respetuosamente, como un índice —más que del presente— del cercano porvenir del Mundo.

EL GUANTE

No obstante, ese puño alzado despóticamente sobre el ludigrama de los deportes actuales no va desnudo. Va calzado de un guante.

Lo cual reviste más importancia de la que a simple vista parece.

De la misma manera que los burgueses del ochocientos entraron a la liza histórica con las escarapelas rojas de «clase nueva» pero armados de la espada feudal (recién derrocada) con que dirimir su propio *honor*, así podría interpretarse este guante suave de piel, enmangado sobre la mano —híspida, amena-

zante— del nuevo «nuevo».

El guante —como la espada feudal entre los burgueses— es hoy, en el boxeo, la venganza elegante de los vencidos. El código de la vieja costumbre entregado a la costumbre nueva. «La herencia moral». Un boxeador sigue hoy repitiendo —ante su adversario— los mismos ritos caballescicos que repetía ayer el esgrimidor frente al suyo.

El guante es (otra vez): «la caballería», «la regla», «la ley», «el orden» «el honor». El viejo honor del burgués restaurado en la mano de ese proletario que se ha erguido golpeando, en *shop*, con su martillo manual, brutalmente. *Liberalmente*.

PRUEBA, CON PAÍS

La mejor verificación de que el éxito hodierno del boxeo tiene un sentido vertical es tomar un país cualquiera y someterlo a prueba. A ser posible, un país apenas contaminado de anglosajonismo. Un país de tradición semítica, católica, morena, ascética, desdeñosa del cuerpo. Un país —por azar— como el nuestro.

... • ...

De las mayores satisfacciones que hoy puede procurarse un madrileño —lector de la literatura del 98 (y de la generación posterior)— es esa de ir a instalarse —una noche de verano— sobre los mismos paisajes suburbanos que recorrieron los novelistas de aquellas generaciones pasadas. Y comprobar escenas, tipos, estructura.

En una de las primeras novelas de Baroja, el protagonista, saliendo por el camino del río llega a una taberna ribereña, donde, tras contemplar las muestras humanas en ella contenidas —navajas, vinazo, baraja, organillo, músculos atrofiados, faces deprimidas y enfermas— se propo-

ne ante sí propio la cuestión que, años después, iba a dar al traste con nuestro parlamentarismo: consistente en saber si tales gentes tenían derecho al sufragio universal.

... • ...

En esos mismos puntos del suburbio matritense es donde hoy se celebran los mejores matches pugilistas de la capital de España.

Los luchadores son los hijos de aquellos de la taberna. De aquellos sombríos jaquetones borrachos. (Aún se les observa —a algunos— ciertas taras, ciertos genes imborrables.) Pero estos hijos de aquellos padres (tras quitarse, no la blusa, sino el mono o la chaqueta de azul puro cielo, dril mecánico, mahón) saltan —pulcra tarima de un brinco desnudo, gozoso. (Las estrellas aplauden vibrátiles desde el cielo dril celeste. Y el Sol —oculto en la cabina cósmica— tararea el verso de Cocteau: *Je suis un nègre bleu qui boxe, le équateur, les équinoxes*.)... de un brinco sonriente. El torso distenso. Las manos, enlazadas en saludo ojival y noble. (No hay navaja. No hay vino.) Un poco de limón en las encías.

En el aire vuelan las sirenas de las cercanas locomotoras. A veces un motor rasga el equipaje estelar, vía Getafe —Cosmos. *El ring* tiene imagen de transatlántico. (Un ángulo en la borda.) El reflector evoca toda una escena cónica de cinema. El portavoz, otra: de radiofonía.

La multitud se anilla con avidez helénica, como los hébrices en torno de Amykos frente al dióscuro Pollux. Va a empezar el acto dramático, de prístina religiosidad escénica. (¡Por los rings, por los *stadiums*, el nuevo teatro!) Tal vez, correrá un poco la sangre inocua de una nariz hinchada.

Tal vez —por un momento— en la áspera noche densa de la ribera, la tarima adquirirá reflejos de aguafuerte goyesco: de esgrima de majos entre la plebe ululante. Tal vez —otro momento— el cuerpo crucificado, por *knock-out*, de un vencido, en la silla (la cabeza atrás y el *manager* operando) dé la sensación escalofriante del cadalso, del viejo auto de fe, de la tortura medieval sobre el tablado de la plaza, o la cura del esclavo en el circo.

Pero estas imágenes no son substanciales. Son ráfagas, si leves, inevitables. Al fin y al cabo, sigue siendo la plebe quien creó este gozo. Al fin y al cabo, los que se aporrean son un campesino y un jayán.

Lo esencial, en el paisaje púgil del novísimo Madrid es la evolución heraclida de la plebe. Su sonrisa y su confianza en sí misma.

Lo esencial es la lejanía que ya, hoy, nos separa —en lo profundo— de la preocupación pesimista del héroe barojiano.

NUEVA ESTATUA DE LA LIBERTAD

El boxeo no tiene música. Es austero a pesar de su popularismo. Su genio (no el que creía Jean Prévost) es sobrio de lirismo. No tiene música. Pero si la tuviese sería un canto casi religioso: *La Internacional*. Pero *La Internacional* cantada, no al desueto, estilo socialista (viejo régimen proletario): como salmo triste y arrastrado. Sino con ritmo de charlestón, de pianola. Con tono jazzbandista. Con alegría, desarticulación y fuerza.

Ese muchacho proletario que —terminada su dura jornada con las máquinas— salta a jugar con los hombres y alza su brazo vertical sobre el *ring* (la delicia en los labios —victoriosos) lleva, en su pantaloncillo de combate, una franja nacional. Una bandera. Su adversario: otra distinta.

Tras apuñearse, estas dos banderas se dan las manos a la luz del reflector eléctrico y de la luna. (¿Hay otra suprema, mejor, interpretación marxista?)

La nueva Libertad no tiene veste de mujer ni falsas estrellas en las sienes. No está a la entrada de ningún puerto determinado de ningún país.

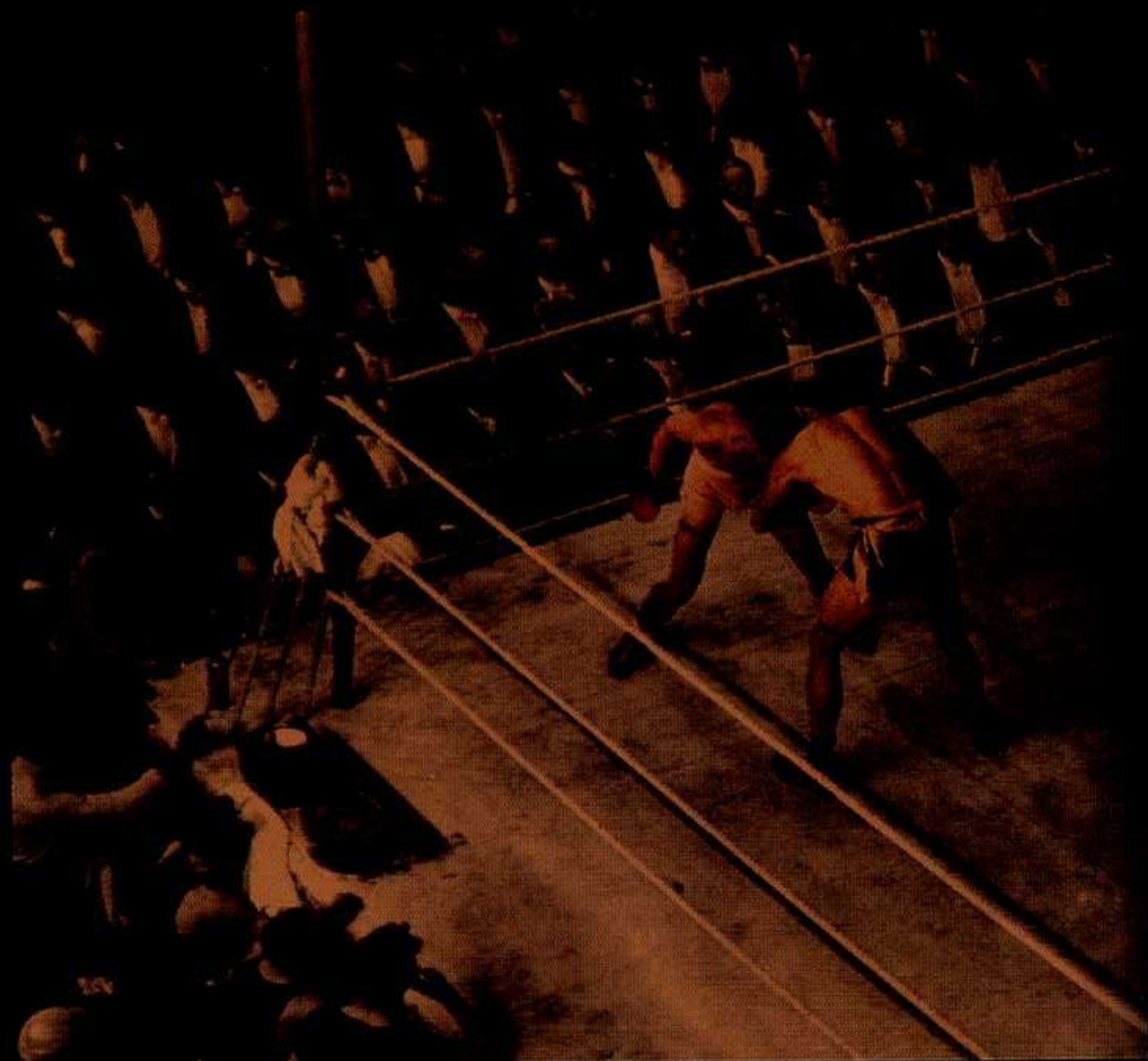
La nueva Libertad es viril e internacional. Su brazo alzado, sin oblicuidad femenina.

La nueva estatua de la Libertad erige su brazo en pura vertical. Sobre la rasa horizontal del mundo naciente.

De *Hércules jugando a los dados*, Madrid 1928



Rohman, 1923



Young Sánchez

(fragmento)

Ignacio Aldecoa

Le gustaba llevar el cuello de la camisa sin doblar. Le gustaba tener el pelo largo. Le gustaba mostrar el tórax por la camisa, abierta hasta el peto del mono. Le gustaba que un mechón le velase parte de la frente. Detalles de personalidad, pensó. Y se sintió seguro.

Un momento se fijó en el párpado que le cubría blando, fresco y brillante como la clara de un huevo, el ojo derecho. Se recogió las mangas de la camisa muy altas, por encima de los bíceps. Una izquierda de camelo, pensó, una entrada de suerte. Se dio saliva en la ceja del ojo lastimado, peinándola, y salió.

El cuarto era como una axila del sótano y sabía salado, agrio y dulzarrón.

Silbaba. Hacían salón dos ligeros. Penduleaba tan levemente el abandonado saco que sólo en su sombra se percibía. El *puching* era como un avispero, lo había pensado muchas veces. La mesa de masaje tenía la huella de un cuerpo, hecha con muchos cuerpos. Sobre el *ring* colgaba una bombilla de pocas bujías. El suelo era de tarima; debía de haber ratas de seis onzas bajo las tablas. Encajó el puño derecho en el cuenco de la mano izquierda y se fue acercando al *ring*.

Una lona en el suelo y cuatro postes sosteniendo doce sogas forradas. Oía el chasquido de los guantes golpeando. Los guantes viejos suenan más que los nuevos. Los guantes viejos a veces cortan como navajas de afeitarse, a veces levantan la piel como navajas desafiladas. Los guantes viejos infectan los cortes o hacen que en los rasponazos de la piel surjan puntitos de pus.

Ya no silbaba. Los dos ligeros se rajaban una y otra vez. Oía las advertencias acostumbradas: «Esa derecha, esa derecha... Sal de cuerdas... Esa guardia, levántala... Sal de cuerdas... Boxea.» El maestro se aburría. Se aburrían todos los que contemplaban el asalto. Sin embargo, en el *ring* uno tenía miedo. Uno tenía ganas de dejarlo y esperaba que la voz, sin cambiar el tono, diese por finalizada la pelea. «Cúbrete», dijo el maestro. Pero la palabra no llegó a ninguno de los dos contendientes, que jadeaban entrelazados, empujándose. «Cúbrete al salir», dijo el maestro. Pero cuando salieron, los dos se separaron sin tocarse. Entonces el maestro dijo: «Basta.» Y a los dos se les cayeron las manos pesadamente a lo largo del cuerpo.



Salvador Dalí *Boxeador* 1920

el noble arte julio cortázar

Dempsey su restaurant en Broadway
Carpentier el bar de l'Etoile
Firpo su chacra y la Mercedes Benz

Jack Minos
Georges Eaco
Luis Ángel Radamanto
decretan muerto el box

En la Tierra serán sus albaceas
los caballeros dignos de este nombre
el poeta Archie Moore
el gran Ray Sugar Robinson

Y se liquidarán los remanentes
después que las tijeras de las Parcas
corten las cuatro cuerdas

Una noche me tocó involuntariamente dejar estupefacta a una señora que me preguntaba cuáles eran los grandes momentos del siglo xx que me había tocado vivir. Sin pensar, como siempre que voy a decir algo que está realmente muy bien, contesté: «Señora, a mí me tocó asistir al nacimiento de la radio y a la muerte del box.» La señora, que usaba sombrero, pasó inmediatamente a hablar de Hölderlin.

Más tarde, en uno de esos cafecitos de la rue Lhomond, donde la electricidad debe ser muy cara porque casi no hay, me acordé de las efemérides así evocadas y descubrí que también allí había un punto bélico y que, en un momento dado, la radio naciente al borde del ocaso habían convergido dramáticamente en mi vida. En 1923, los argentinos escuchamos en transmisión casi directa desde el Polo Grounds de New York, el relato del combate en que Jack Dempsey retuvo el campeonato mundial de peso pesado al poner fuera de combate a Luis Ángel Firpo en el segundo *round*. Yo tenía nueve años, vivía en el pueblo de Banfield, y mi familia era la única del barrio que lucía una radio caracterizada por una antena exterior realmente inmensa, cuyo cable remataba en un receptor del tamaño de una cajita de cigarros, pero en el que sobresalían brillantemente la piedra de galena y mi tío, encargado de ponerse los auriculares para sintonizar con gran trabajo la emisora bonaerense que retransmitía la pelea.

Buena parte del vecindario se había instalado en el patio con visible azoramiento de mi madre, y el patriotismo y la cerveza se aliaban como siempre en esos casos para vaticinar el aplastante triunfo de aquel que los yanquis habían llamado «el toro salvaje de las pampas», y que era

sobre todo salvaje. Yo, entonces, no podía comprenderlo, pero esa noche en el Polo Grounds se enfrentaron el más grande de los campeones que haya dado el peso máximo, con una especie de pared de ladrillos dotada de un lento movimiento hacia adelante que hasta ese momento había barrido con todos sus contendientes. La pared de ladrillos empezó haciendo algo increíble: despidió a Dempsey por entre las cuerdas, lo tiró sobre las máquinas de escribir de los reporteros (sí, joven amigo, en ese entonces se llevaban las maquinillas al ringside), y si no hubiera ocurrido que el árbitro era yanqui y además perdió la cabeza, en ese mismo momento Firpo, hubiera sido campeón del mundo, pues el marqués de Queensberry, papá de Bosie Douglas, tenía bien establecido que un boxeador defenestrado ha de volver por cuenta propia al ring, y en cambio treinta manos levantaron a Dempsey, que estaba «groggy» y lo devolvieron cariñosamente a la lona donde la campanilla lo salvó porque esa noche el buen Dios estaba con la star spangled banner por donde se lo mirara.

Con arreglo a lo que aprendí diez años después leyendo crónicas y comparando valores, Argentina podía haber estado más que satisfecha con ese primer *round*, porque a Dempsey jamás nadie le había puesto la mano encima en esa forma; pero ya he hablado de patriotismo y de cerveza, y demás está decir el pandemonio que se había armado en el patio de mi casa con las informaciones espasmódicas que mi tío recibía por las orejas y estertoraba por la boca. Sí, Firpo tuvo su hora inmortal de tres minutos y además reglamentariamente ganó la pelea, pero con esa manía que tiene la verdad de suplantarse a la ilusión, en los otros tres minutos

Dempsey demostró hasta qué punto era capaz de resistir el doble efecto de un *uppercut* seguido de un viaje de ida y vuelta al ringside, y empezó a demoler la pared de ladrillos hasta no dejar más que un montoncito en el suelo junto con quince millones de argentinos retorciéndose en diversas posturas y pidiendo, entre otras cosas, la ruptura de relaciones, la declaración de guerra y el incendio de la embajada de los Estados Unidos. Fue nuestra noche triste; yo, con mis nueve años, lloré abrazado a mi tío y a varios vecinos ultrajados en su fibra patria. Después, la radio se perfeccionó rápidamente, aparecieron los altavoces, las lámparas, y esas palabras que eran la magia de mi infancia, superheterodino, salida en *pushpull*, y al propio tiempo el noble arte llegó a su último decenio de grandeza con Gene Tunney, Tony Canzoneri, entre nosotros con Julio Mococho y Justo Suárez, para entrar en una decadencia que aún daría a Joe Louis, a Kid Gavilán, al casi mítico Henry Armstrong, y la flor final donde la más perfecta conciliación del arte y la ciencia se llamó Ray Sugar Robinson. El resto fue y sigue siendo entropía: cf. ese triste mamarracho que hasta escribe versos, Cassius Clay.

(En 1952, una tarde de lluvia en mi piecita de París, todo eso asomó en la memoria un poco como el cortejo de los dioses yéndose en el poema de Cavafis, con lágrimas de orgullo junto a rings de barrio, con noches de vicarias apoteosis. Fue como oler otra vez la trementina de los linimentos, oír los anuncios rituales, todo desde tan lejos y yo mismo tan lejos en las últimas gradas del recuerdo. Entonces, entre mate y mate, escribí *Torito*.)

De *La vuelta al día en ochenta mundos*, 1980



G. Crique

Eduardo Arroyo
*Eugène Crique. La fuerza
del destino 1972*

nuevo juicio del boxeo

jardiel poncela

Hasta hace pocas noches, y aunque esto no deje de ser raro, no habría presenciado ningún combate de boxeo. Entiéndase: peleas de hombre contra hombre, o de literato contra literato, o de limpiabotas contra cliente moroso. Había presenciado varias. Y observé siempre que los hombres se pelean entre chaparrones de palabras nauseabundas: que los limpiabotas atizan con la caja de los cepillos, sabiamente claveteada para el caso, y que los literatos se pelean sin convicción. En suma: ninguna de estas peleas logró jamás interesarme.

Pero verdadero boxeo, riña reglamentada, en local público, con miras lucrativas, sobre ring, bajo arcos voltaicos, junto al árbitro, con guantes, taparrabos, sandalias y albornoz, no había presenciado ninguna hasta hace pocas noches. Ni os contaría esto, queridos amigos, si no fuera porque mi ignorancia deportiva me hizo ver algo muy importante, que a vosotros, con la experiencia que proporciona el haber asistido a infinitos combates de boxeo, os habrá pasado seguramente inadvertido.

He aquí mi observación condensada: que los combates de boxeo se vienen juzgando al revés desde que dicho deporte nació a la vida.

O, más claramente: que en el boxeo, los rounds son «descansos» y los «descansos» son rounds.

Pero observad un combate con la frialdad ignorante con que observé los de la otra noche, y después me diréis si tengo razón o no.

El local rebosa de un público. La impaciencia evoluciona sobre las cabezas. Se fuma, se opina, se discute y cada espectador pone un perdigón en el cartucho de efervescencia general. La atmósfera, bajo el azul turbio de las luces, tiene un color de agua y aguardiente. Quizá por eso, en el transcurso de la velada, se emborracha el público.

Dos hombres saltan al cuadrilátero del ring. Son los púgiles.

Aplausos tibios.

Los dos hombres, cada uno por un lado, juntan sus manos por encima de sus cabezas, y eso hace que los aplausos se vuelvan estruendosos. (Fenómeno inexplicable para el profano.)

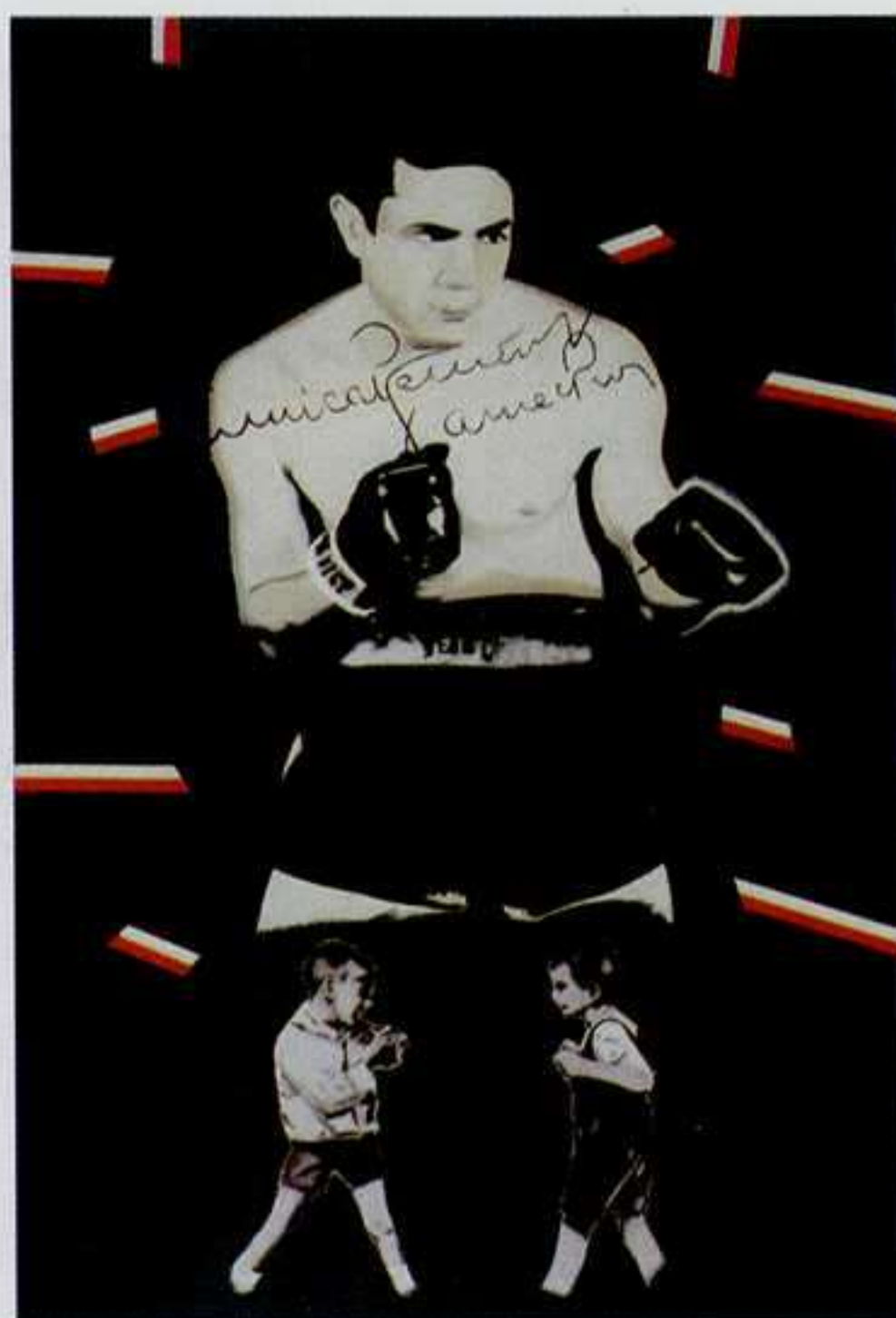
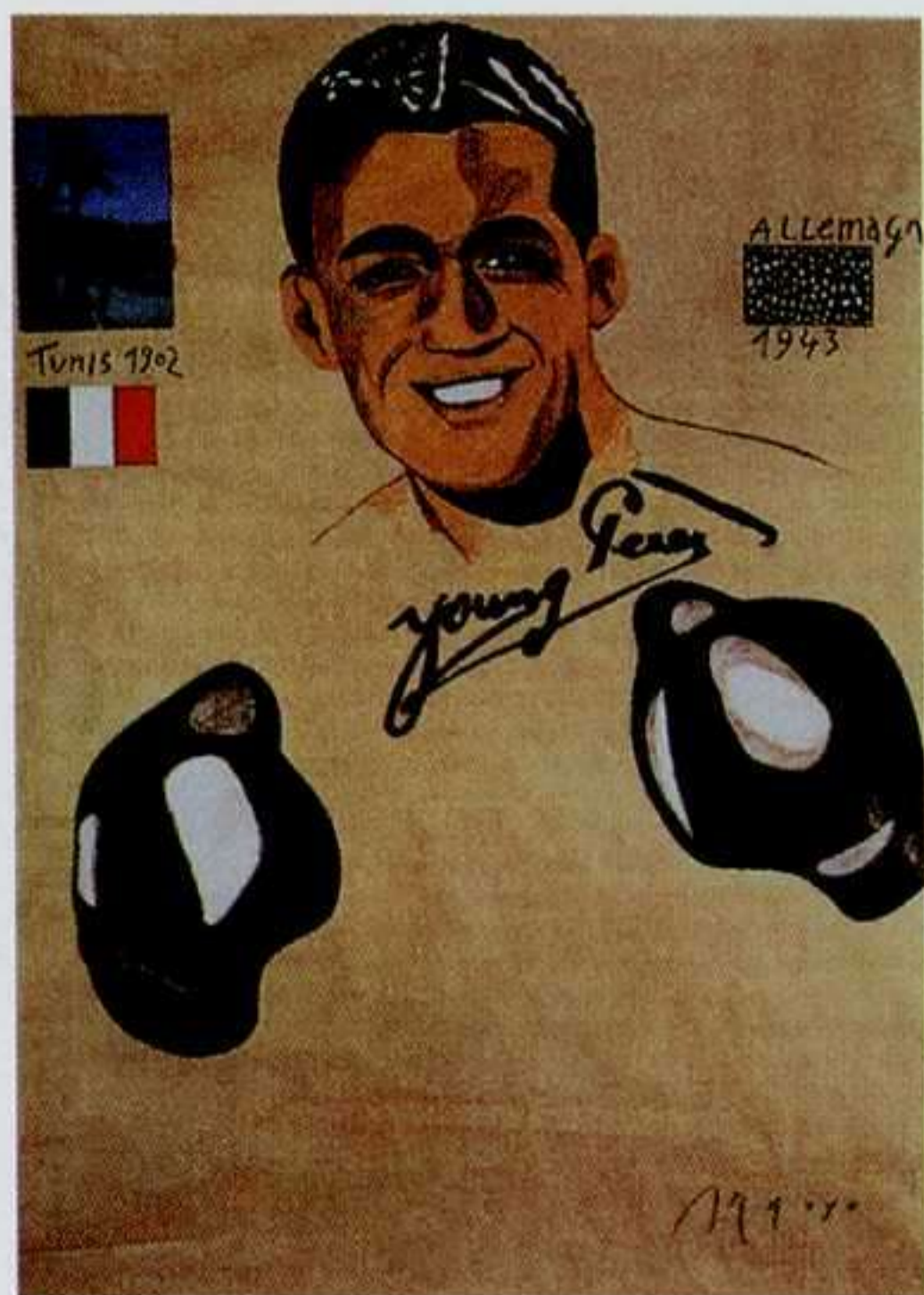
Dos banquillos surgen y son colocados en ángulos opuestos del ring. Junto a un

banquillo se instalan tres tipos de aire hercúleo y desarrapado; junto al otro, otros tres. Esos tipos llevan objetos extraños: un cubo de agua, una esponja, unos trapos, una botella, limones. El profano piensa: «Esos vienen a fregar el suelo. Podían haberlo hecho esta tarde, que no había público.»

Pero aquellos tipos no vienen a fregar el suelo; son los «segundos»; se agrupan en los rincones y esperan. Otro individuo ha saltado también al ring: el árbitro. Se coloca en el centro, echa una mano por encima de cada hombro de los boxeadores, con un aire familiar, como si se diera postín de ser amigo de ellos, y durante un rato cuchichean los tres. Quizá se cuentan un chascarrillo; quizá calculan lo ingresado en taquilla. No se sabe. De pronto, se separan; el árbitro tira una moneda al alto. Pensamos que el cuchicheo era una apuesta. Uno de los boxeadores gana: le dan un par de guantes: es el premio. Pero enseguida le dan un segundo par de guantes al otro púgil. (El profano tampoco entiende nada de esto.)

Los boxeadores se retiran a sus banquillos. Los tipos hercúleos y desarrapados que allí aguardan se lanzan sobre ellos, les arrancan el albornoz brutalmente. Luego, y sin duda para desagravarles, les dan palmaditas en las espaldas. Ellos, indiferentes a todo, se lían a hacer flexiones agarrados a las cuerdas.

El árbitro dice algo, dirigiéndose al público: grita mucho; pero no se le entiende ni jota. Suena un gong. Los boxeadores avanzan uno contra otro. Es el primer round. Total, nada. Tanteos. Algún cuerpo a cuerpo para probar la tenacidad de los bíceps. Un puñetazo en un ojo: una bolea en el estómago. Fruslerías. Suena el gong, y los púgiles regresan a sus banqui-



Eduardo Arroyo
Young Pérez 1983

Eduardo Arroyo
Raymond Famechon.
La fuerza del destino
1972

tos, tan tranquilos como los abandonaron.

Pero allí les aguarda algo más grave que el round que acaban de llevar a cabo: tres «segundos» caen sobre cada uno de ellos; los sientan de un porrazo, les dan esponjazos en la cara, les sacuden trastazos en la nuca, les arrearán bárbaramente con una toalla, les meten medio limón en la boca, les pellizcan las piernas, les obligan a tragarse el contenido de una de las botellas. En esta faena vuelve a sonar el gong. El estado de ambos es lastimoso. Parecen naufragos del Titanic.

En el segundo, tercero y cuarto rounds la cosa se repite; se cruzan varios golpes sin trascendencia; pero como entre cada uno de esos rounds ha habido el correspondiente descanso, los boxeadores están agotadísimos.

Al octavo round los púgiles llegan ya extenuados; mientras se pegan recobran algo sus fuerzas; pero, al acabar, nuevamente caen las garras de los «segundos»; éstos demuestran una creciente falta de compasión, y los cubos son volcados íntegros sobre las cabezas; les despachurran

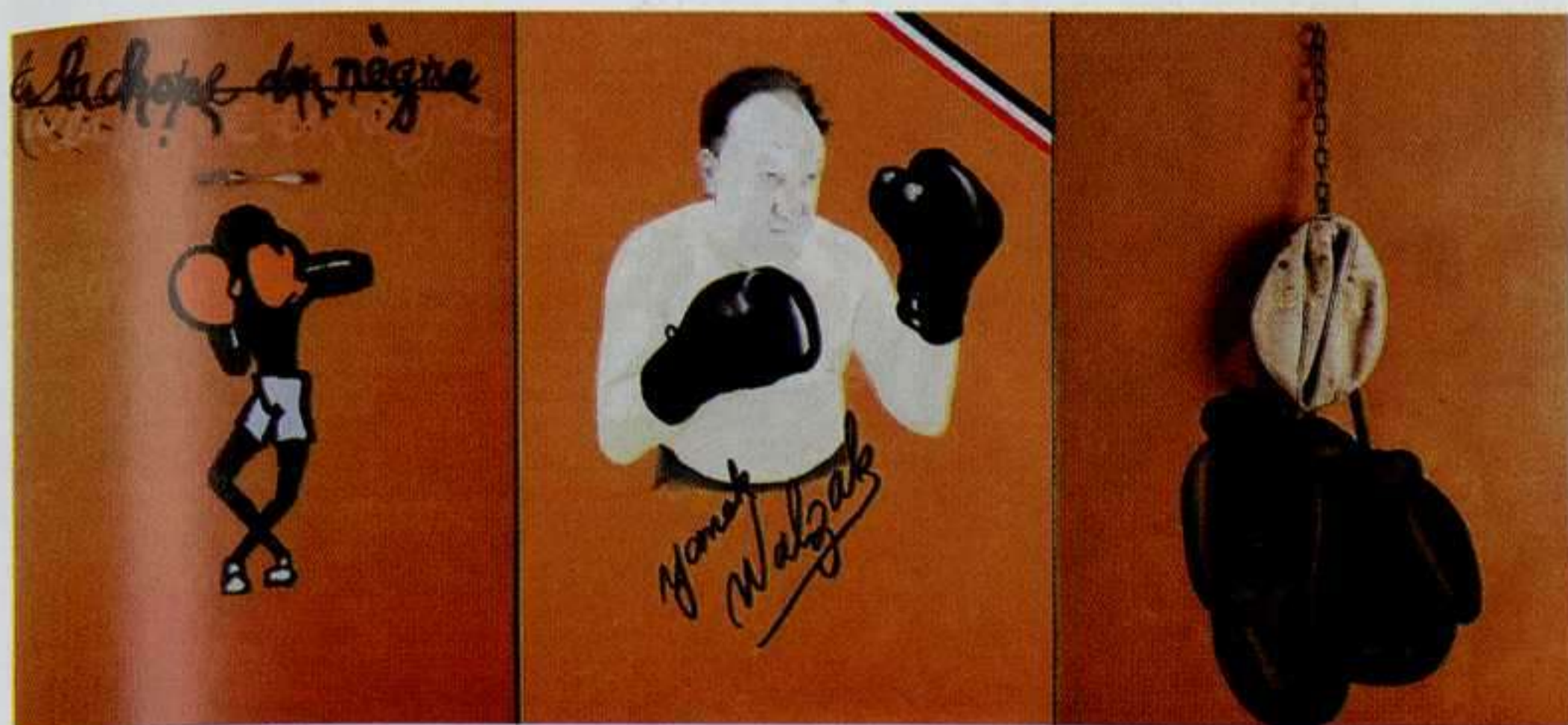
los limones en la cara y les amordazan con las esponjas, impidiéndoles absolutamente respirar; las toallas, agitadas con una violencia inverosímil, derraman sobre ellos un huracán que sólo puede conducir a la pulmonía; los pellizcos en las piernas han pasado a la categoría de deseos manifiestos de llevarse trozos de carne; ambos púgiles, acogotados por aquellos implacables verdugos, agonizan rápidamente; sus cabezas ruedan de un hombro a otro; uno de ellos, sobre todo, menos fuerte o peor entrenado, está tan concluido, que se cae del banquillo varias veces.

El gong de nuevo, el noveno round. En cuanto los púgiles se encuentran solos y libres en el centro del ring se abrazan y allí quedan inmóviles, descansando y contándose sus mutuos sufrimientos recientes. Luego se separan y se lanzan dos o tres zurridos, ninguno de los cuales da en el blanco; todavía se abrazan otra vez para decir en voz baja:

Ya estoy un poquito mejor.

Yo también me siento renacer.

Pero esta paz rota por la crueldad del gong, que vuelve a vibrar implacable. Fin



Eduardo Arroyo Yanek Walzak. *La fuerza del destino* 1974



Eduardo Arroyo Muhammad Ali 2002

del round. Nuevamente los púgiles caen en poder de sus «segundos». Ahora ya están perdidos.

Más barrabasadas. Más esponjazos en la cara, más limones introducidos a la fuerza en la boca, más cubos de agua sobre el cráneo, más retazos en la nuca. El boxeador que, en el anterior descanso, dio señales de ruina, es ahora un cadáver viviente.

Y así que el gong anuncia el principio del décimo round este desventurado avanza, y cuando se halla a medio metro de su adversario, cae desvanecido.

Está knock-out. Su contrincante ha vencido, y así se lo hace ver el árbitro a la multitud levantándole el brazo derecho.

...

Creo que no hace falta escribir una línea más.

Creo que, después de haber observado un combate con frialdad ignorante con que yo observé los de la otra noche, el lector estará suficientemente convencido de que el arte del boxeo se viene juzgando al revés desde el día de su invención, y no le

cabrá duda de que los rounds son descansos y los descansos son rounds.

Mi proyecto es sencillo: se trata de modificar la mecánica de los juicios y de los fallos. Se trata de sentar jurisprudencia con esta nueva ley:

Artículo único. La fortaleza y resistencia de un boxeador no debe medirse por lo que aguante cuando se halle luchando con su contrincante, sino por lo que aguante cuando permanezca «descansando» en el banquillo entre sus «segundos».

Porque es preciso desengañarse: diez, doce, catorce rounds los resiste cualquier hombre medianamente construido. Pero para resistir seis «descansos», nada más que seis «descansos», para eso hay que ser un Ursus, un Jean Valjean, un Atlante, en toda la formidable extensión de la palabra.

De *Exceso de equipaje*, *Obras completas III*, 1963

ROUND

Miguel Pérez Ferrero

Cara a cara.
Y una estrella de agua
—la esponja se desangra.
Jadea un señor gordo
con calidad de punching bag.
Un torso blanco y otro negro.
Y un *monocle* fanfarrón
—Portugués

Y un malabarismo
de pesas certeras
y peligro...

Y una voluntad rota...

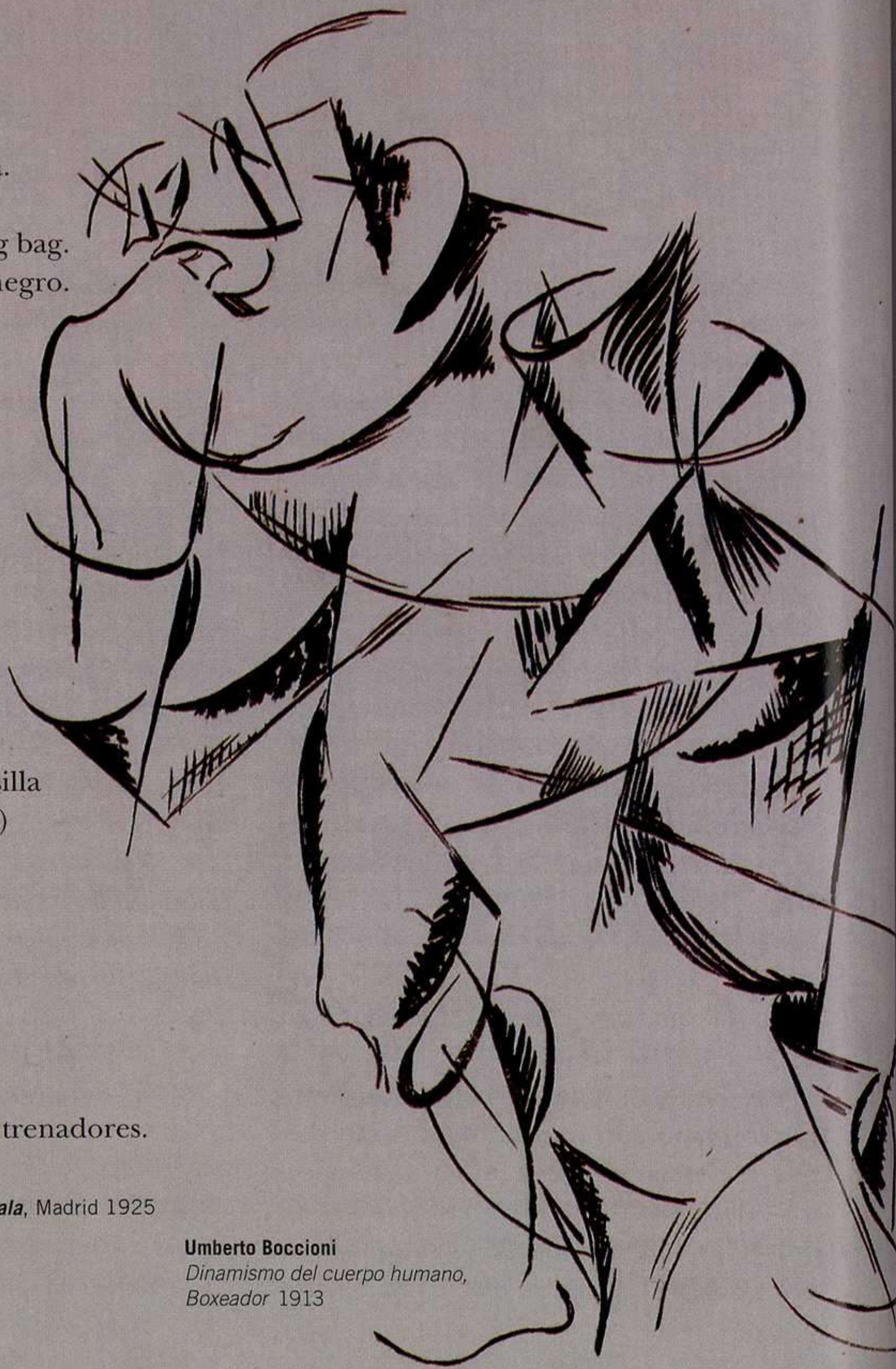
Y un aniquilamiento
de desastre.
(Una mujer bonita
se pone en pie —en su silla
y hace un paso de baile.)

El negro muestra
su dominó
de blancas dobles.

Cerca —al otro lado
de las cuerdas
hay una discusión de entrenadores.

De *Luces de Bengala*, Madrid 1925

Umberto Boccioni
Dinamismo del cuerpo humano,
Boxeador 1913



Bocc

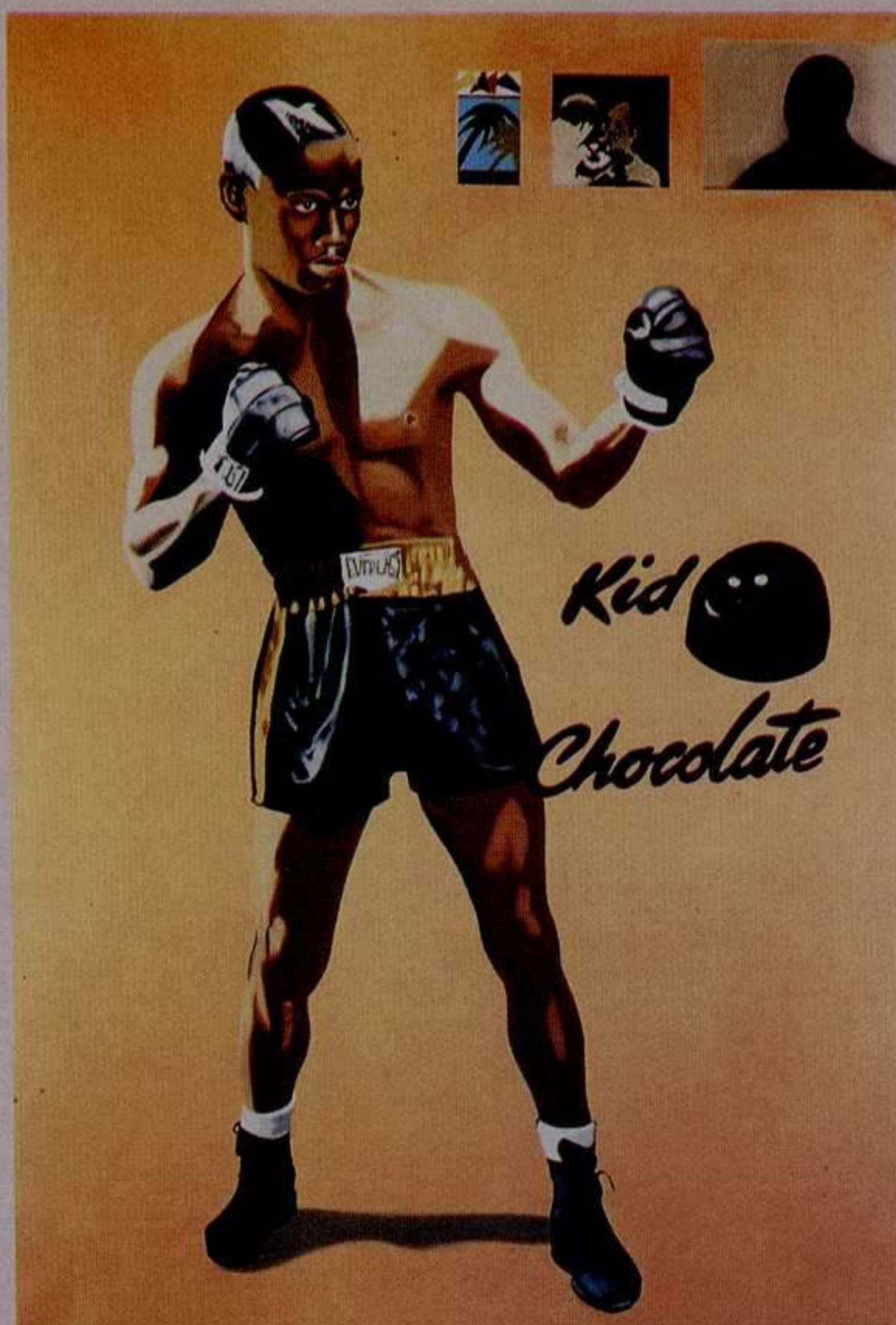
CHOCOLATE

Guillermo Cabrera Infante

Chocolate fue el primer Chocolate. Antes, en el siglo pasado, había habido un *Chocolat*, pronunciado Choccolá, immortalizado por Toulouse-Lautrec al carboncillo y por Gene Kelly, en el cine, bailando el movimiento insinuado por el pintor. Pero Chocolate, que era de veras color de chocolate, fue el primer Chocolate famoso, casi el único. Kid Chocolate fue doble campeón mundial (pluma y ligero) y uno de los inmortales del boxeo. En su peso no hubo nadie mejor, ni siquiera Willie Pep.

Kid Chocolate, El Kid como lo llamaban, nació en Cuba en 1910 y murió en 1987, y peleó en más de 400 combates, de los que ganó 392, números que lo hacen el pugilista con más triunfos y menos reveses del boxeo moderno. Pero muchos de sus encuentros ocurrieron en La Habana y no son reconocidos por los récords. Se admite, sin embargo, que ganó 165 peleas profesionales y perdió sólo 10. De esas 10 derrotas la mitad la perdió en la cama y la otra en los salones a la moda, donde El Kid era aclamado por las mujeres como el «bombón cubano». El Kid se había hecho un elegante, conocido como el «dandi de La Habana», que pasaba más tiempo ante el espejo eligiendo una corbata que ante su oponente en el ring. Damon Runyon, el Homero de Broadway, dijo de Eligio en elogio que era «exquisito y hermoso». En Francia fue una versión masculina de Josephine Baker. Como ella, El Kid posó desnudo ante la cámara y las fotos, tomadas en París a finales de los años veinte, muestran su perfección física. Parecía un atleta de vaso griego el habanero de entonces.

El Kid se llamaba, en realidad, Eligio Sardiñas no Sardinas como escribió Runyon. Aunque de muchacho habría querido ser sardina para mitigar su hambre con su nombre. Era humilde vendedor de periódicos



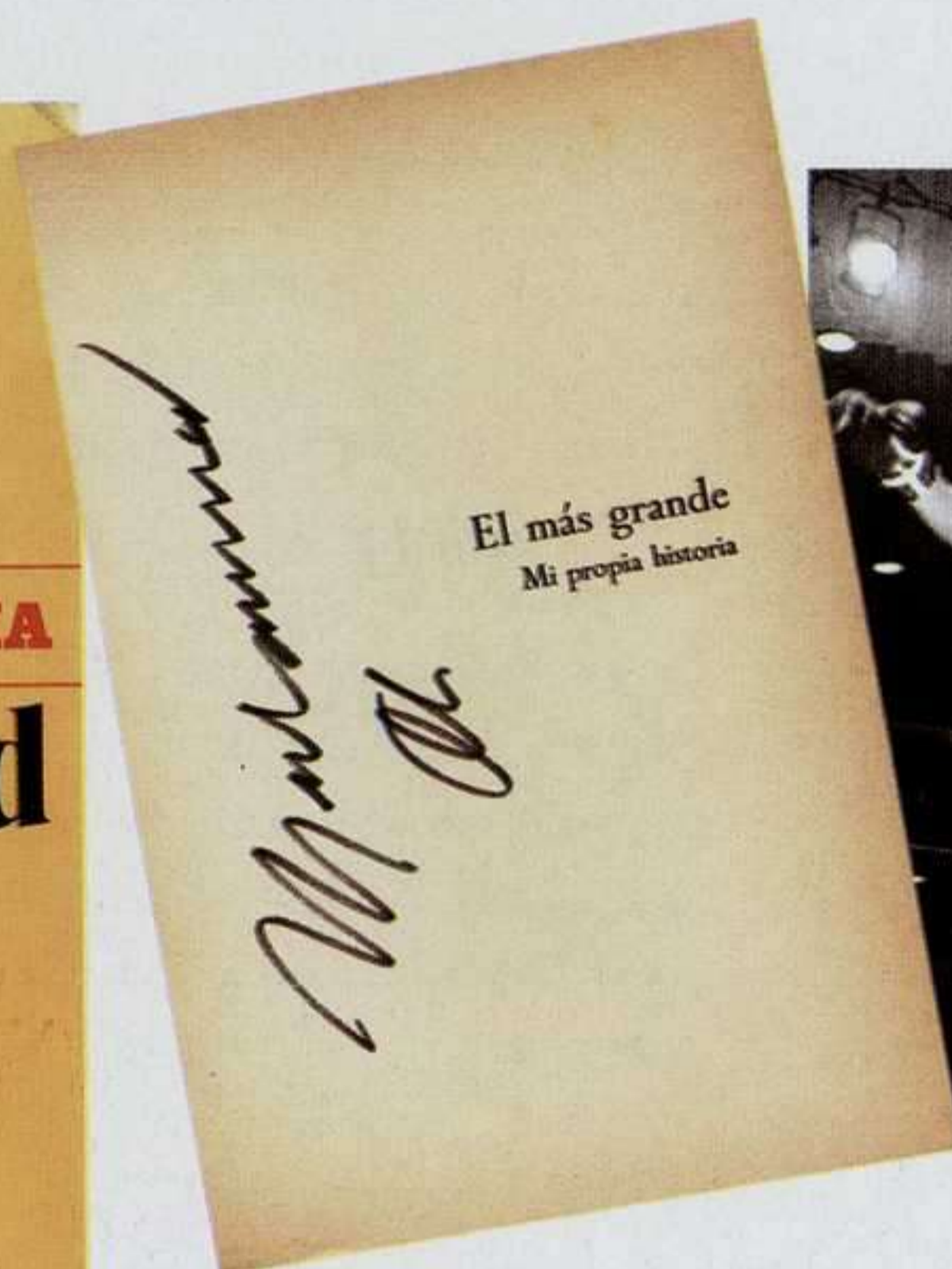
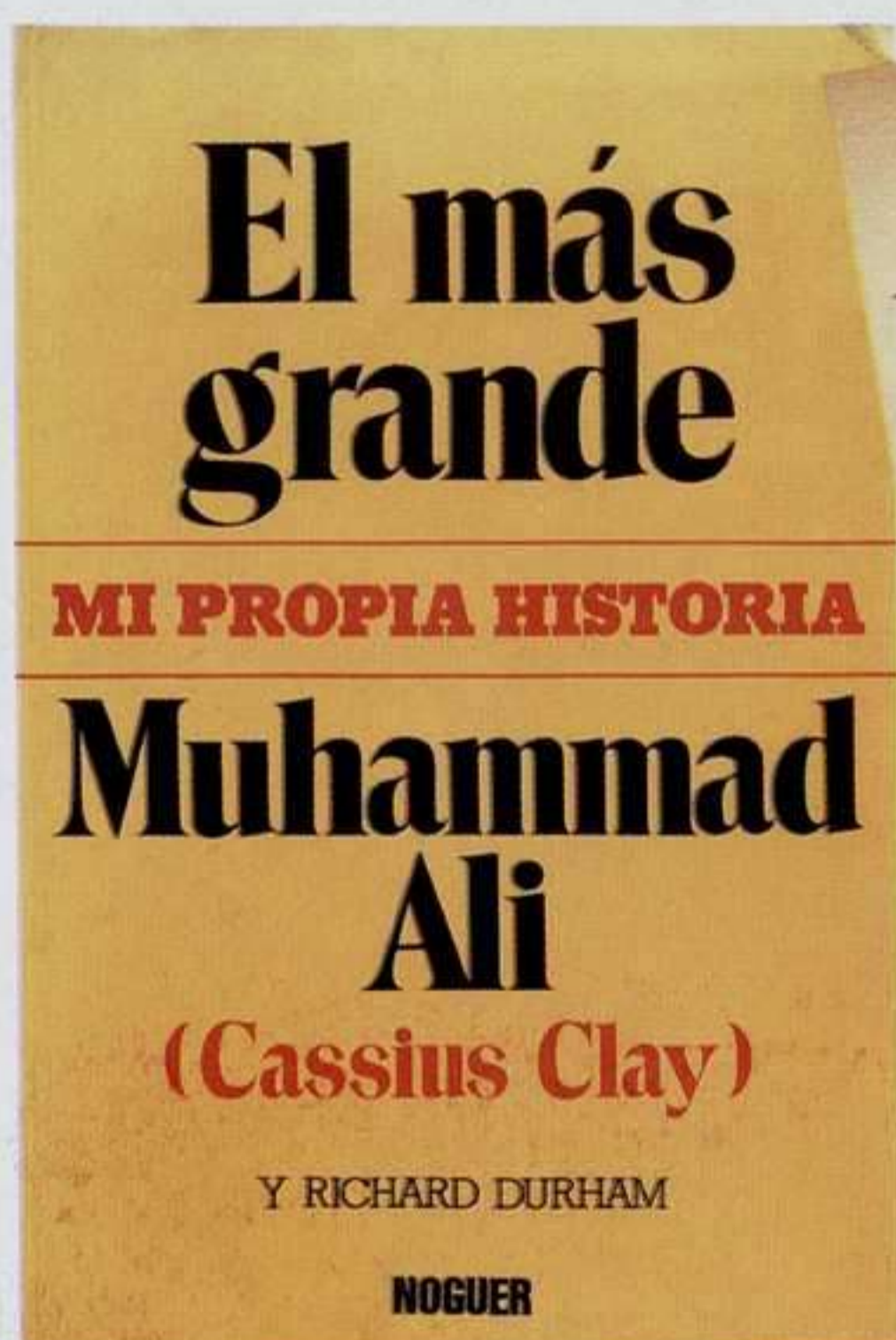
Eduardo Arroyo *Kid Chocolate. La fuerza del destino* 1972

por las calles del Cerro, cuando decidió subir al ring. Alguien le advirtió que el boxeo era un deporte de golpes dar y tomar, y El Kid dijo: «Más trompadas da el hambre». Para añadir: «Todas en el estómago». Dejó el ring sin una marca en la cara.

Kid Chocolate inauguró la tradición de los bailarines del *box*. Obsérvese a su contemporáneo Joe Louis, el más grande *boxer* de todos los tiempos, y se verá que sus suelas nunca dejan la lona. Chocolate en cambio lleva zapatillas y baila, y su única comparación posible entonces era con Nijinski. Joe Louis, es verdad, era un peso pesado. Pero, ¿qué era Cassius Clay cuando bailaba y cantaba *Vuelo como una mariposa*? Ningún boxeador anterior a El Kid sabía bailar boxeando. Eligio, elegido, fue Chocolate y *Chocolat*. Su Toulouse-Lautrec fue ese fotógrafo anónimo que lo capturó, espécimen perfecto, al vuelo.

Lo vi una vez en La Habana a fines de los años cincuenta en una calle estrecha. Vestía bien un traje viejo, ¿Y qué, Kid?, lo saludé y me saludó sonriendo: le faltaba un diente. Murió a los 77 años peleando con su sombra, que era él mismo.

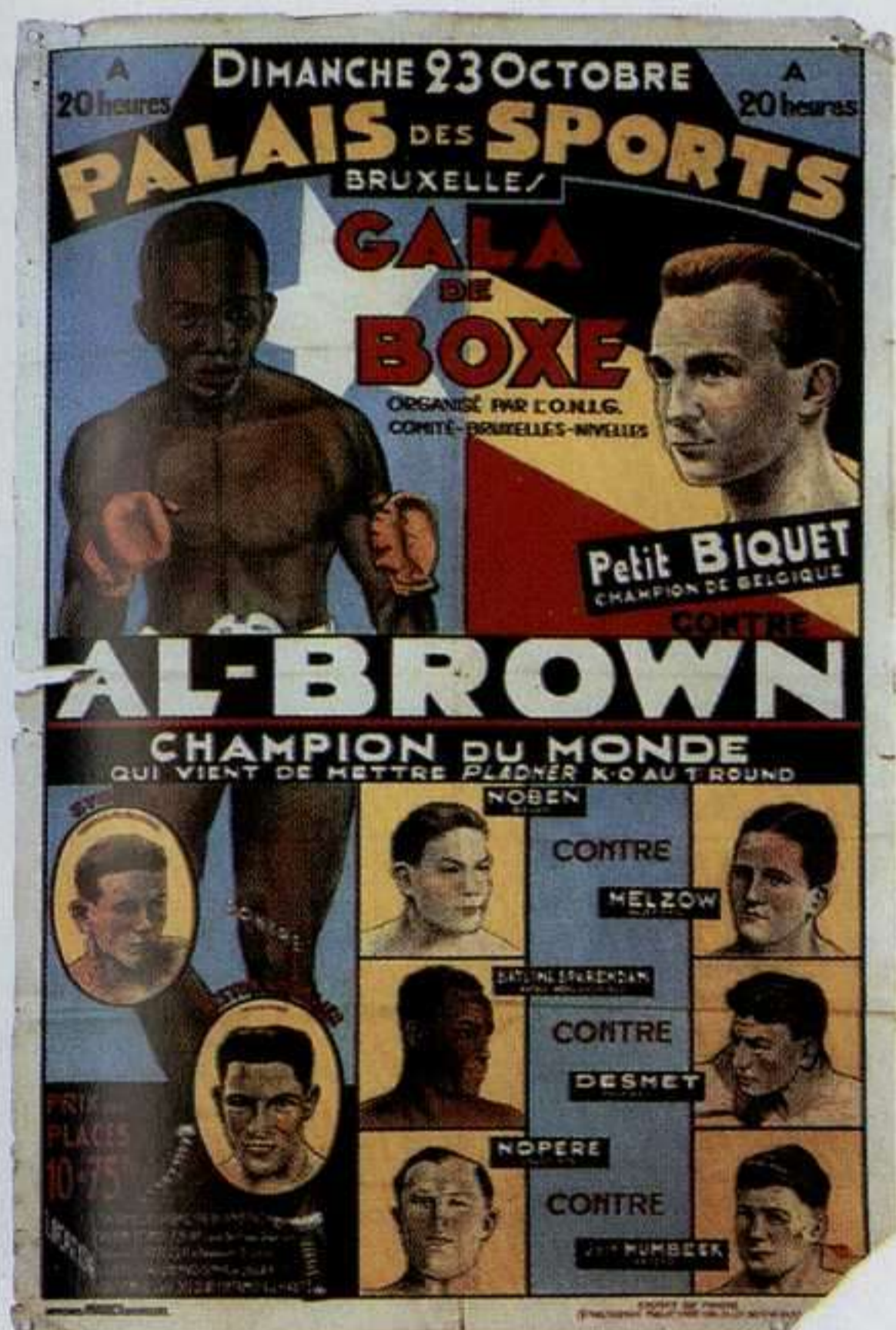
De *El País Olímpico*, Agosto 1992



Autógrafo de Muhammad Ali, Madrid 1976

ALL BROW

Blai Bonet



—¿Qué sería del hombre sin las bestias?
—Si de pronto se fuesen de la tierra
las bestias de la tierra,
al hombre le entraría una gran depresión.
—Me acuerdo de aquel día en que lo dijo,
recordándolo. Parecía
que citaba a un gran autor.
Nada existía que a él más le sacara
de quicio y le encendiera tanto
como oír que se nombraba
a las bestias tal seres inferiores. Le irritaba
oír hablar de la bestialidad
en hechos y en acciones propios de una persona,
sobre todo personas que tenían pegada
contundente, como el golpe del as boxeador
All Brow. Cuando hablaba,
su comentario más frecuente
era que en la literatura y en boxeo
se emplea el mismo lenguaje: el estilo.
All Brow tenía claro, como abril,
que el carácter del arte es la mentira,
una raza de amor con el horror mezclado,
pues ser boxeador, negro y marica,
es una situación en la cual lo peor
que un hombre puede hacer es esto: arrepentirse.
Y más o menos esto debía de zumbiar
en la cabeza y corazón de All Brow,
cuando Jean Cocteau se enamoró de él
apasionadamente y no paró
hasta que al fin Coco Chanel le consiguió
arreglar una cita en el Hotel Castilla,
donde Cocteau no consiguió nada pues All
era un dandy, enviaba sus camisas
a Londres a planchar y le gustaba
coleccionar caballos pura sangre,
pero buscaba en el amor la bestia
de esos jóvenes chulos de los barrios.
Si se hubiese quedado sin las bestias, a All Brow
también le hubiera entrado una gran depresión
muy, muy, muy parecida a la cultura...

De *Nueva York*, 1991

TRADUCCIÓN Andrés Trapiello